

CAPITULO IX.

La música en Alemania. — Su origen y progresos. — Datos biográficos de los principales compositores alemanes.

La música de Alemania estuvo reducida hasta los últimos años del siglo xvii á los cantos populares de su mimesaenger, pero por este tiempo entró de pronto en una época brillante.

En ella aparecieron en la esfera del arte muchas obras maestras que rivalizaron con las de los más célebres compositores italianos, pero conservando siempre un carácter individual y llevando impreso el sello de grandeza, de fantasía que distingue á la música alemana. Carlos Enrique Grauss es en el orden cronológico uno de los primeros maestros que ilustraron este país, no sólo como cantante sino como compositor. El encanto de sus melodías y la profundidad de sus combinaciones armónicas le han colocado con justicia en el número de los clásicos.

A su lado brilló Felipe Manuel Bach Sebastian, su hijo; tuvo á su padre por maestro y á sus hermanos por rivales.

Sebastian Bach, célebre por sus *fugas*, nació en Weimar en 1714, terminó sus estudios en Leipsick, fundó en Francfort sur l'Oder una academia de

música y más tarde fué nombrado músico de cámara del Gran Federico, á quien acompañó en un solo de flauta en el día de su ascension al trono de Prusia. Sus obras musicales, tanto las religiosas como las dramáticas, caracterizan el poderoso ingenio de su autor, y han sido y son estudiadas siempre con provecho por los que han consagrado su tiempo al estudio profundo de la ciencia musical.

Despues de Bach, aparece Haydn, llamado el *cisne de Alemania*. A los diez años compuso con buen éxito algunas piezas.

A los quince hizo su primer cuarteto y á los diez y ocho produjo, destinándolo á un canónigo de Cádiz, sus *Siete palabras*, que todavía se oyen con admiracion en nuestros templos. Poco despues se retiró á vivir en una casita de los arrabales de Viena, y allí compuso sus oratorios *La Creacion y las Estaciones*. Compuso ademas óperas, y en todas sus composiciones se ven unidas las perfecciones de la armonía á un estilo grandioso y expresivo.

Hé aquí una anécdota de este ilustre compositor.

En 1770 la reputacion de Haydn habíase ya difundido por toda Europa, y la modesta habitacion que el distinguido compositor ocupaba en los arrabales de Viena, era el punto de reunion de todas las celebridades de la época; allí concurrían tambien todos los magnates que aspiraban

á ser tenidos por otros tantos apasionados y protectores de las bellas artes.

Una sola cosa faltaba, sin embargo, á Haydn para ser perfectamente dichoso en la modesta posición que supo adquirirse, merced á su trabajo y privilegiado talento : la paz á su corazón; la dulce paz que es el fruto de un matrimonio feliz y acertado. Habíase casado siendo todavía muy jóven con una mujer cuya belleza excedía á las cualidades del corazón; circunstancia que pesó de una manera lastimosa sobre la vida del eminente compositor por espacio de treinta años, resolviendo últimamente hacerse superior á ella, entregándose con más ardor que nunca á sus divinas inspiraciones.

De regreso á Viena, de uno de sus viajes á Inglaterra, tuvo el doble desconsuelo de hallar á su esposa más coqueta, avara y exigente que ántes, á pesar del bienestar que por entonces disfrutaban. Privado de la dicha que le era dado gozar al pobre artista, lamentábase en cierta ocasion del día borrascoso que el carácter intratable de su esposa le habia hecho pasar, cuando entró un criado en el aposento anunciando la visita de cierto sugeto que deseaba hablarle cuanto ántes.

— Que pase adelante, respondió Haydn dirigiéndose maquinalmente hácia la puerta.

— Perdonad, si pude con mi llegada distraer vuestra atencion, dijo avanzando hácia el músico

un hombre con traje de aldeano, que llevaba en la mano una bolsa repleta de florines. Teneis fama en toda el Austria, añadió, de ser uno de los primeros compositores de minués; y como pasado mañana es el día prefijado para celebrar el enlace de mi única hija, vengo á suplicaros que me escribais un minué para solemnizar los festejos de la boda.

— Perdonad, os digo yo á mi vez, amigo mio, repuso el músico con amabilidad; siento mucho no poder complaceros, pues nunca compuse minués del género que deseais; la música que yo escribo no puede servir para motivos de una danza cualquiera, porque es algo más clásica que la suponeis, y es asimismo destinada para las grandes orquestas.

— Esa, esa ha sido justamente la causa porque he determinado dirigirme á vos con mi demanda; porque habeis de saber que mi futuro yerno es un gran tocador de clarinete, al paso que mi hija pulsa á las mil maravillas la clave : con que ya veis, señor Haydn, que por sublimes que sean vuestras notas, nunca serán escritas para los oidos de un sordo... y ademas, debo decíroslo... desde el día en que oyera la misa escrita por vos para celebrar la coronacion de José II, dije para mí : « Este será el compositor que escriba el minué que ha de ejecutarse en las bodas de mi hija, ó yo no he de llamarme Hermann de Rohrau. »

¡De Rohrau! exclamó Haydn con sorpresa. ¿Sois por ventura de aquella aldeilla húngara?

— Sin duda; pero ¿por qué esa pregunta?

— ¿Por qué? Porque tambien yo nací bajo la luz de aquel hermoso cielo que há más de cuarenta años que no he visto: ¡abrazadme, amigo, querido compatriota! Y las lágrimas corrieron por las mejillas del músico abrazando á Hermann. Figurábasele estar estrechando contra su seno á aquellos á quienes más habia amado en su infancia, cuando pobre y desgraciado tuvo que cantar en el coro de la iglesia de su pueblo para proporcionarse con su bonita voz algun recursillo con que poder ayudar á su pobre familia.

— ¡De Rohrau! repetía el eminente artista con placer, sintiendo aliviársele el corazón al pronunciar estas palabras; y despues de suplicar al mercader que se sentase:

— Hablemos, dijo, de nuestro bello país; ¡Ah!... pocas son las venturas que yo debo á mi patria, porque mucho he padecido en ella, pero sin embargo, siento tanto consuelo hablando de ella!...

Hermann estaba enternecido, y apenas acertaba á explicarse el motivo; mas poco á poco se fué recobrando, y despues de haber hablado largo rato del suelo que les viera nacer y de todo aquello que estaba más en armonía con sus corazones, se separó del artista para volver á

verle al día siguiente, llevando la promesa de tener el *spartito* del deseado minué.

Dotado Haydn de una sensibilidad casi infantil, habíase conmovido bastante con la visita que acababa de tener, y se disponía á escribir la consabida música, aproximándose á la clave, único confidente de sus secretas penas y delicadas inspiraciones, cuando halló sobre dicho instrumento la bolsa que Hermann llevaba en la mano al entrar en el gabinete, y las siguientes palabras escritas con lápiz sobre un pedazo de papel: « *Hermann, mercader de bueyes, al primer compositor de Alemonia.* »

Haydn quedó penetrado de la más viva gratitud por semejante demostración; llamó luego al criado previniéndole que estuviere pronto para ir de allí á una hora á casa de su paisano á entregarle de su parte un rollo de música y la bolsa en cuestión: despues, cuando quedó solo, se puso á escribir el famoso minué tan apetecido por el honrado y generoso Hermann.

Aun escribiendo para su soberano, no habia estado Haydn nunca tan inspirado como en aquella ocasión en que trazaba en el papel las notas destinadas para festejar las bodas de la hija de un traficante de ganado. El placer que experimentara abrazando á un compatriota, daba á la inspiración que brotaba de su cerebro un fuego, un colorido nacional sencillo y delicioso; en suma, hallábase Haydn en el dulce éxtasis que

experimenta el artista satisfecho de su obra. La presencia de su esposa, aparecida en aquel instante en el gabinete, con aire amenazador é indignado, dejó petrificado al artista. Apenas Haydn la vió, cuando sintió apagarse la inspiración, substituyendo de repente la más desacorde armonía á la melodía apacible que poco ántes resonaba en el alma del célebre compositor.

— ¿ Es verdad, preguntóle iracunda, cuanto acaba de decirme el criado ? ¿ Quereis devolver, sin más que porque se os ha antojado, esa suma que os es tan legítimamente merecida por vuestro trabajo ?

— Sí, querida, nada más justo : ¿ un miserable minué os parece por ventura que vale la suma que contiene ese bolso ? Jamas; si yo no la devolviera creería siempre haberla usurpado.

— ¡ Siempre el mismo ! siempre obstinado en querer quedarse sin camisa por su ridícula esplendidez; generosidad absurda que ha de acabar por conducirnos á...

— ¿ Al templo de la inmortalidad ? repuso Haydn sonriendo.

— Decid más bien á un hospital para morir entre la miseria, contestó indignada la hija del peluquero Koller.

— Bueno, mujer, hablaremos sobre eso; ahora dejadme tranquilo. Estoy dando el último repaso á esta composición que ofrecí tener concluida,

como sabeis, para dentro de una hora, y yo nunca falto á mi palabra.

— Madama Haydn acabó por rogar á su esposo se quedase con el dinero que contenia la bolsa, empero todo fué inútil : el compositor continuó escribiendo sin hacerla caso, y ella furiosa por verse de aquel modo desairada, salió del aposento resuelta á vengarse.

Haydn, como acontece á muchos escritores, gustaba poco del orden en su gabinete de trabajo, y así veia con placer esparcidos por el suelo todos sus manuscritos. Esta circunstancia era regularmente para su esposa un eterno motivo de querella, restableciendo el orden en su santuario musical á la menor rencilla que tuviera con el maestro. Satisfecha pues, en aquel día, por este medio con que contaba para poder vengarse de su marido, comenzó á barrer el aposento; y la nube de polvo que naturalmente levantara con esta operación, incomodó de una manera furiosa al compositor, quien tuvo al fin que refugiarse en otro aposento medio asfixiado. No esperaba Madama Haydn otra cosa para poner en práctica sus dañadas intenciones, y aprovechándose de aquel momento entregó á las llamas entre otra porción de papeles de suma importancia el minué de que hablamos.

Vuelto Haydn al gabinete, y despues de haber buscado inútilmente su manuscrito, adivinó con

terror el fin que le habia cabido, al ver la chimenea encendida.

Un vértigo fatal se apoderó de su espíritu, y soltando un grito de desesperacion cayó en su silla desmayado.

Era muy tarde para comenzar otro minué; habia anohecido, y por otra parte su quebrantada salud no permitia al compositor estar velando hasta una hora avanzada. Hondamente afectado por el destino que le perseguia al lado de una mujer de tan mala índole, llamó al criado y ordenóle que inmediatamente fuese á casa de su editor, y que en su nombre pidiera el último cuarteto que hacia pocos dias le habia entregado, y desde allí lo llevara sin pérdida de tiempo á casa de Hermann, juntamente con el fatal bolso. El criado obedeció prontamente, y Haydn se retiró á descansar algo más tranquilizado por esta última resolucíon.

El minué remitido al honrado mercader á pesar de no reunir el mérito que Haydn reconocia en su última y malograda composicíon, era sin embargo elegante, gracioso, de un estilo elevado como generalmente lo son todas las obras que se conocen de este célebre artista.

Cuando Hermann recibió el manuscrito lo estrechó contra su pecho con la propia ternura que pudiera haber abrazado á su hija é inmediatamente lo entregó á un copista.

El yerno del mercader, que era todo un filar-

mónico, y nada ménos entusiasta por este género de composiciones, reunió algunos músicos de los más afamados que habia en la capital, y en la noche del inmediato día, que era la de la boda, ejecutóse la referida pieza de música, la cual fué unánimemente aplaudida por los numerosos convidados que asistieron al festín.

Entusiasmado Hermann con la espontánea celebracion que hacian los concurrentes de su compatriota, corria de un lado al otro del salon apurando sendos brindis é interrumpiendo la orquesta á cada instante con los gritos de : Es de Haydn, de Haydn es este maravilloso minué !

Viva ¡ Haydn ! decian por todos lados, viva el eminente artista.

Finalmente, despues que Hermann hubo referido á sus convidados la singular entrevista que tuviera con el músico, y la prueba que recibió de su liberalidad al rehusar la cantidad que le dejó en su casa, deliberóse entre todos por hallar el medio de demostrar al compositor la gratitud del bueyero; y resuelto que fué el dictámen por la mayoría, aprobóse que el mercader escogiera el buey más gigante y hermoso que tuviera en sus ganados y lo ofreciese á Haydn en nombre de la desposada como una simple fineza, debiendo ser ataviadas las astas de tan magnífica bestia con cintas de todos los colores y acompañada por todos en procesion. Hizose en efecto como se habia dispuesto, y media hora

después dirigiase el cortejo á casa de Haydn con el mayor silencio; cuando llegó allí entraron en el patio, y los músicos ejecutaron por segunda vez el minué del maestro.

Era la medianoche: Haydn estaba entregado al reposo al lado de su mujer, porque ella yacía en aquel momento sumergida en un profundo sueño. El estrépito que repentinamente se hizo en el patio despertó al compositor, el cual creyó en un principio que su esposa estaba continuando la escena del día anterior, mas aplicando el oído, pudo distinguir no sin asombro las armonías de su minué, interrumpido de cuando en cuando por una parte de *bajo* que era absolutamente desconocida, ejecutada por el cuadrúpedo con su mugido. Vistióse Haydn, y encendiendo una luz se asomó á la ventana, desde donde fué acogido por la multitud que se agitaba á sus piés, con la aclamacion más recíproca. Mucho agradó al artista semejante oportunidad, que aplaudió con usura, manifestando su reconocimiento; mas cuando Hermann le ofreció aquel soberbio bicho, como una simple prueba de su amistad, no le fué fácil contener su risa y soltó una carcajada. Aceptando en seguida la oferta por delicadeza, bajó al patio en medio de una lluvia de flores; y después de dar un beso á la desposada se despidió de todos, retirándose altamente conmovido por el original comportamiento de su compatriota.

Este acontecimiento dió que hablar por mucho

tiempo á los habitantes de Viena, que todos quisieron poseer el famoso minué, cuya venta fué un tesoro para el editor. Conocida desde entónces esta memorable composicion con el nombre de *Minué del Buey*, es una obra de las más selectas que figuran en la brillante coleccion del inmortal sinfonista. En cuanto al buey, vivo testimonio de la gratitud de Hermann, fué regalado por Haydn al hospital de la ciudad á pesar de la fuerte oposicion de su *cara* esposa, que murió, segun se dice, de disgusto.

Casi al lado de Haydn aparece Mozart, ese genio sublime que vive y vivirá eternamente en sus obras tan brillantes como conmovedoras. Juan Crisóstomo Wolfgang Amadeo Mozart, el muy célebre compositor aleman, nació en Salzburgo el día 27 de enero de 1756. Apénas habia cumplido los cinco años de edad, cuando ya compuso una pieza para forte-piano, sujetándose bien estrictamente á todas las reglas del arte; pero resultó de tan difícil ejecucion, que sólo á los artistas muy prácticos les fué dado tocarla. A los seis años habia el jóven Mozart progresado tanto, que su padre se resolvió á emprender con él y su hermana María Ana, que era tambien un genio musical privilegiado, un viaje artístico á Munich y á Viena.

En 1763, es decir, á los siete años de edad, hizo con su familia el primer viaje por el extranjero y llegó en el mes de noviembre á Paris, en cuya

capital permaneció medio año siendo objeto de admiracion y entusiasmo. Allí publicó el jóven artista sus primeras sonatas.

En 1764 dirigióse la familia á Inglaterra, y se dejó oír en el real palacio de Lóndres, en donde el hijo tocó en la capilla real el órgano, dejando su maestría asombrados á cuantos le oyeron. En un concierto público se ejecutaron solamente sinfonías compuestas por él.

En 1768 se trasladó la familia Mozart desde Salzburgo por segunda vez á Viena. Encargó el emperador José II al jóven Mozart la composicion de la ópera cómica: *La finta semplice*, composicion que había sido extraordinariamente bien recibida por los inteligentes, pero no fué por fin puesta en escena. En aquel mismo año ejecutóse en la iglesia del establecimiento de huérfanos de Viena, bajo su direccion, una misa que él había compuesto.

Nombrado en 1769 director de orquesta en Salzburgo, emprendió de allí á poco, en compañía de su padre, un viaje á Italia, en donde permaneció hasta el año de 1771.

En este espacio de tiempo recogió nuevos laureles en las principales capitales de Italia, tanto como compositor como distinguido profesor de forte-piano. En 1770 compuso en Milan su primera ópera sería titulada *Mitridates*, la que fué ejecutada por vez primera el 26 de diciembre, y repetida despues hasta veinte veces consecutivas.

En 1772 compuso la serenata *Il sogno di Scipione*.

En 1773 la ópera *Lucio Silla*, que fué ejecutada veintiseis veces de seguida.

Despues que en 1775 había compuesto en Paris, á donde fué llamado por segunda vez, la ópera cómica *La finta giardiniera*, dos misas á grande orquesta, una serenata, *Il re pastore*, una grande sinfonia para el *Concert spirituel*, marchó en 1780, á la edad de 24 años, á Viena, en donde entró al servicio del emperador.

Allí llenó las esperanzas que de su admirable genio se tenían, de una manera completamente satisfactoria. Tal como este raro talento ya en tiernos años se había hecho hombre en cuanto á su desarrollo artístico, quedó en todas las demas relaciones de la vida constantemente niño. Jamas pudo él gobernarse á si mismo: de aquí que no tuviese idea alguna de lo que era el órden doméstico, el uso cabal de sus recursos pecuniarios, y una eleccion discreta en los goces. Mas justamente este hombre distraido, este hombre siempre ensimismado parecia un sér de todo punto distinto más sublime, tan pronto como se sentaba al forte-piano. Entónces su espíritu, su atencion se concretaba exclusivamente con lo que era su vida, su todo, á saber, la armonía de los tonos. Le gustaba con preferencia tocar de noche hasta la madrugada, si no se le alejaba por fuerza del piano. Ordinariamente se consagraba á la com-

posicion desde las seis ó las siete de la mañana hasta las diez, y casi siempre en la cama, para luego no volverse á ocupar de este trabajo en todo el dia, á ménos que ocurriera algo de apremiante. Excepto la música, no tuvo, segun parece, otra pasion, á no ser el juego del billar. Su configuracion fisica no era muy gentil, pues á su pequeña estatura reunia una palidez y mengua de carnes extraordinaria; en fin, una figura raquíca, una fisonomía que nada anunciaba de particular.

De las obras suyas que han tenido y tienen aún grande aceptacion en los teatros de Alemania y otros países de Europa, mencionaremos las siguientes: Idomeneo (1780); Apto en el sér (1782); Don Juan; Las bodas de Figaro, (1787); *Così fan tutte* (1790); La flauta encantada; La clemencia de Tito y la célebre misa de *Requiem* que fué para el canto del Cisne. Al componer esta admirable obra se persuadió de que trabajaba para sí mismo, y esta idea, fija siempre en su ánimo, se cree que aceleró su muerte.

Aun no tenia 36 años cuando en 5 de diciembre de 1791 terminó en Viena su existencia á consecuencia de habérsele, segun el dictámen de los facultativos, acumulado agua en el cerebro. El siguiente dia fué conducido á su última morada en el cementerio de San Márcos. Pasó mucho tiempo sin que se supiera en dónde descansaban sus cenizas: el monumento mejor que tenia y

tendrá para siempre son sus obras; sin embargo, últimamente hase erigido en su memoria un magnífico monumento en el pueblo de su naturaleza.

Habia contraído matrimonio con Constanza Weber; pero poco tiempo le fué dado vivir en compañía de su consorte por haberle sorprendido la despiadada muerte. Entre los honores más distinguidos que le habian cabido, mencionaremos el de haberle el Sumo Pontífice, cuando apénas habia aún rayado á los catorce años, nombrado caballero de la Orden de la Espuela de oro; la *Academia filarmónica*, en Bolonia, eligiéndole miembro de la misma, y la de Verona nombró en 5 de enero de 1774 al *Cavaliere filarmónico*, título que le daba el público de aquella ciudad despues de la ejecucion de la ópera *Mitridates*, maestro de capilla é individuo de aquella distinguida asociacion.

Mozart será en cuanto á composiciones instrumentales para todas las naciones y épocas un prototipo perfecto, sobre todo en lo que concierne á la música religiosa. El número total de sus obras asciende próximamente á 800. Ellas cautivan con poder irresistible, tanto al inteligente como al profano en el arte músico: son modelos brillantísimos de concepcion sublime, de estilo el más puro, de correccion admirable y de armonia profunda y consumada. Su *Don Juan* sobre todo reasume y agota cuanto el hombre

puede sentir en lo más recóndito de su alma, y lo propio sucede respecto á su *Requiem*, en el cual se glorifica el espíritu de Mozart.

Nacido en una época en que se asomaron ya los primeros albores de la aurora, que inauguraba el renacimiento nacional del pueblo alemán, y educado á la mitad de un siglo sobre el cual el espíritu del tiempo moderno fué depositando un raudal de luz cada vez más copioso, pertenece Mozart al número de aquellos hombres que abalanzándose por la carrera del desarrollo intelectual, sirven de norte luminoso á la sociedad humana en general. ¡Efectivamente! Tal como Shakspeare, no es exclusivamente alemán, sino uno de los representantes de la civilización del género humano.

No queremos privar á nuestros lectores de la siguiente anécdota de su vida que refiere un biógrafo.

Hacia los últimos años de su vida, dice, comenzó Mozart á notar que su salud, habitualmente delicada, se destruía con rapidez espantosa. Atormentado entónces por la idea de que su vida iba á durar ya muy poco, se dedicó á las tareas de escritor de música con tal asiduidad, con tal prisa y concentración de facultades, que costaba trabajo hacerle fijar la atención en nada que no fuera su arte. Muchas veces, en medio de aquel entusiasmo caía desmayado en el suelo y había que llevarle al lecho, donde tardaba horas

en recobrar el sentido. Su esposa, sus tiernos hijos, sus amigos se esforzaban en distraerle de aquella especie de furor de trabajar: condescendía á veces Mozart en acompañarlos al paseo y á las visitas, pero únicamente con el cuerpo: su alma y su corazón quedaban clavados en aquellos borradores donde estampaba las concepciones maravillosas que le han conquistado el nombre de *Dios de la música* ó de *quel mostro d'ingegno*, como le llaman hoy los italianos.

Mozart se moría lentamente, devorado por la llama del genio; sumido de continuo en aquella melancolía habitual y taciturna, hablaba á cada paso del presentimiento de su próximo fin, cuando un incidente extraño vino á acelerar los efectos de esta funesta disposición del ánimo. Tan á menudo le tomaban los desmayos y desvanecimientos, que ya no le fué posible dirigir la orquesta en las representaciones de *La Flauta encantada*, ópera que acababa de escribir (agosto de 1771) y que el público recibió con grandes aplausos. En uno de estos accesos de profundo embesamiento, le anunciaron la visita de un desconocido. Entró este, que era un hombre de edad más que mediana, maneras nobles, mirada imponente y escrutadora.

— Vengo á visitaros de parte de un elevado personaje, dijo el desconocido.

— ¿Su nombre?

— No tengo orden de manifestarlo.

— Enhorabuena. Y ¿qué es lo que quiere?

— Que escribáis una misa de *Requiem* para los funerales de una persona muy amada, á quien acaba de perder, y en obsequio de cuya memoria desea celebrar todos los años un oficio fúnebre.

Mozart, vivamente impresionado por aquel discurso, cuyo grave tono y aire misterioso parecían cosa de extraña aventura, contestó despues de una pausa :

— Escribiré ese *Requiem*.

— Os encargo, continuó el desconocido, que echeis el resto de vuestro genio y de vuestra ciencia, porque ese caballero que os encarga la obra es un gran inteligente en música.

— Tanto mejor.

— ¿Cuánto tiempo habeis menester?

— Cuatro semanas.

— Dentro de cuatro semanas me tendreis aquí. Y ¿cuánto es lo que habeis de cobrar por vuestro trabajo?

— Cien ducados.

El desconocido sacó un bolsillo, y de él la suma indicada por Mozart; puso el dinero sobre una mesa y desapareció.

Mozart se quedó absorto por algunos momentos; y luego con febril agitacion pidió recado de escribir y se puso á trabajar sin hacer el menor caso de las cariñosas reconvenciones de su esposa. Así continuó por algunos dias, escribiendo de día y de noche con un ardor que iba creciendo con-

forme adelantaba el trabajo; pero su cuerpo, extenuado ya, no pudo resistir á esta nueva invasion del entusiasmo; una mañana cayó privado de sentido, y la crisis fué tan terrible que ya no le permitió continuar escribiendo. A los dos ó tres dias, viendo su esposa que no podia sacarle de aquel embelesamiento sombrío y aterrador, empezó á derramar abundantes lágrimas: — « No lo dudes, Constanca, dijo Mozart, no lo dudes, ese *Requiem* lo escribo para mí, es el que servirá para mi entierro. »

Nada pudo apartarleya de esta idea. Las fuerzas iban acabándose, y las cuatro semanas pasaron sin que la obra estuviera concluida. El desconocido se presentó de nuevo. Mozart se excusó con él diciendo que la obra le habia inspirado mayor interes de lo que él creyera; que le habia sido necesario ampliar el plan primitivo, y que necesitaba otras cuatro semanas todavia para terminar su trabajo. — En tal caso, repuso el desconocido, hay que aumentar los honorarios; tomad otros cincuenta ducados. — Mozart no pudo tampoco esta vez conseguir que el misterioso personaje revelara su nombre, y aunque envió tras él á un criado que le siguiera la pista, el torpe doméstico volvió con la respuesta de que nada habia podido rastrear.

Acabó entónces el pobre Mozart de convencerse de que el desconocido no era un sér ordinario, sino un aparecido que venia del otro mundo á

anunciarle su próximo fin. No por esto dejó de trabajar con ardor en la terminacion de su *Requiem*, que consideraba como el monumento de su genio más duradero. Los desmayos continuaron agravándole : pasaron las cuatro semanas y el desconocido volvió. Mozart había muerto.

Casi al mismo tiempo que Mozart, lograron llamar la tencion Reinaldo Keinel, llamado vulgarmente *el padre de la melodía alemana*; Amadeo Nanmann, que enriqueció con sus bellas producciones dramáticas y religiosas la Italia, la Dinamarca y la Prusia; Joaquin Quantz, compositor notable y distinguido violinista, y Federico Haendel, cuyo genio profundo y vigoroso ejerció tan grande influencia en toda Europa empezando la importante revolucion que debia concluir algunos años despues el célebre Glück. Haendel pasó la mayor parte de su vida en Inglaterra, y los Ingleses recuerdan todos los años el aniversario de su muerte con una funcion fúnebre. Hé aquí su biografía que tomamos del célebre Diccionario de M. Fetis.

Jorg Federico Haendel nació el dia 24 de febrero de 1684, siendo su padre cirujano de Halle, pequeña poblacion de Sajonia. Este ilustre compositor pasó la mayor parte de su vida en Inglaterra, por cuya causa los ingleses lo consideran como hijo de la Gran Bretaña y se han apropiado la gloria de sus obras. Los biógrafos

alemanes escriben Haendel, pero la firma estampada al pié de sus composiciones musicales demuestra que debe decirse más bien Handel que que Haendel.

Desde su infancia manifestó una inclinacion decidida por la música, y su padre, cuyo plan era dedicarlo á la jurisprudencia, tuvo que apartar de su lado los instrumentos, solfeo y demas obras elementales con que se entretenia y pasaba horas enteras su hijo. De nada sirvieron esas precauciones, puesto que el jóven Handel, poniendo de su parte á un criado de su confianza, pudo introducir en una habitacion apartada de la casa un clavicordio que se dedicó á estudiar en las altas horas de la noche, miéntras que la familia se entregaba al reposo, llegando á fuerza de perseverancia, y sin conocer una sola nota de música, á tocar más que medianamente.

No tenía todavía ocho años cuando en compañía de su padre se trasladó á la córte del duque de Sajonia Weissenfels, en donde tenia un hermanastro empleado en la servidumbre de aquel príncipe. La libertad que tenia para penetrar en las habitaciones del palacio ducal le facilitó tambien los medios de proseguir sus estudios, sirviéndose de los instrumentos que adornaban la morada del príncipe. Una mañana se puso á tocar el órgano, durante la misa, y aunque se dejaba ver que era mano inexperta la que recorria el teclado, se hacia tambien notar el organista por